

HOMENAJE A **PABLO NERUDA** EN MÉXICO

El pleno del Senado de la República aprobó rendir homenaje al Poeta Senador Pablo Neruda a través de la obra pictórica de la artista Gladys Schifferli, chilena radicada en México.

El homenaje se llevó a cabo en el patio central de la sede del Senado, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, el día 1° de diciembre de 2004, con la presencia de los senadores Enrique Jackson, Raymundo Cárdenas y Tomas Vázquez Vigil, entre otros, así como de una representación de la Embajada de Chile en México, conformada por el Cónsul, Marcos Aguayo, la Agregada Cultural, Mariel Bravo, y el Consejero de Prensa, Guillermo Hormazabel.

La exposición-homenaje se integró con 16 retratos de amigos cercanos de Neruda durante su estancia como Cónsul General de Chile en México (1940 a 1943), entre los que se encuentran Silvestre Revueltas, Diego Rivera, Frida Kahlo, Andrés Henestrosa, José Iturriaga, David Alfaro Siqueiros y Gabriela Mistral. Con el fin de recrear los años 40, época de oro del cine mexicano que le tocó vivir al poeta chileno y que tanto admiró, se expusieron también retratos de Agustín Lara, Jorge Negrete, Pedro Vargas y Cantinflas. Y se exhibió asimismo el retrato de Joaquín Murrieta, héroe popular chileno que inspirara a Neruda su única ópera.

Esta fue la primera etapa del homenaje de Gladys Schifferli a Pablo Neruda; la segunda será en marzo de 2005 en la Asociación de Banqueros, que con los Industriales y la Fundación Televisa se unirán al homenaje. En esta etapa se incorporarán los retratos de dos poetas chilenos y dos españoles, como también un cuadro de grandes proporciones de Neruda, del cual se realizará una litografía conmemorativa. También se presentará un libro con las obras expuestas y fotos inéditas.

La exposición se irá posteriormente en itinerancia a Chile (Santiago y Temuco), España y otros países. De regreso a México, viajará a diferentes estados de la república.

Gladys Schifferli tiene una trayectoria de más de treinta años como pintora y retratista de reconocido prestigio internacional y sus obras están en manos de importantes coleccionistas y museos, tanto en México como en Chile, Estados Unidos y Europa.

CARTAS DE DOS AMIGOS MEXICANOS DE NERUDA

De Andrés Henestrosa

Gladys Schifferli tiene puestos al fuego los instrumentos de su oficio para pintar una cabeza de Pablo Neruda, que el lienzo, el papel, los colores, de cosas inertes se convierten en carne viva. Es el sueño que ahora no puede conciliar. La vigila permanentemente, la búsqueda del primer trazo que dé el timbre, el temple, el temblor que desafie y venza a la muerte. Una cabeza de Pablo Neruda a la que por su verdad física no sólo —como luego se dice— le falte hablar, sino que esté hablando: que diga el mensaje que cada espectador oiga y traduzca o intente oír y traducir. Si eso es posible en personaje impar, irrepetible. Gladys — así la imagino—, como Rodin, tiene en las manos su propia cabeza, mientras piensa en la cabeza de Pablo Neruda y en las de los amigos que hizo durante sus estancias en este país. Traducir, poner en la tela aquella hermosa fealdad de Pablo Neruda, ha de ser tarea en que participen todos los sentidos, los corporales y los del alma, tal y como nació el Verbo, según San Juan: “En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios...” Un cuadro que resista todos los embates, comenzando por los del tiempo; una doble eternidad tendrá Pablo Neruda con la cabeza que ahora le pinta Gladys Schifferli: la que le da su poesía y la que va a darle el lienzo en que esta excelente artista va a reducir a cenizas las brasas del tiempo. Todo en la vida concluye, menos la palabra hermosa. Pasó Grecia —dijo Leopoldo Lugones—, pero quedó Homero, La Ilíada y La Odisea.

Tan inmensa es la gloria de Neruda, y tan generoso es Neruda, que su nombre regala —lo digo por Gladys y por

mí— un pétalo de la rosa de su fama a aquel que sólo escriba su nombre o pinte su efigie; ése es el caso... Pablo Neruda es cada vez que se lee, un nuevo poeta. Aquella palabra que no advertimos en una lectura anterior, ahora nos parece nueva, inmensa, que desborda el mundo. Por eso he dicho que es un poeta múltiple, uno y varios para cada lector. De aquí a cien años, quinientos años o más, como ha ocurrido con otros —Shakespeare, para sólo poner un ejemplo— no se sabrá si fue verdad o mentira, más en Pablo Neruda la verdad es mentira y viceversa. Más aún: todo es a la par, verdad y mentira. Siglos pasarán y el río de sus poemas seguirá vigoroso, indómito, bravío. El Pablo Neruda que leí en mil novecientos veinticuatro, sin dejar de ser aquel que era, es otro, distinto al Pablo Neruda que ahora tengo: un poeta cuya existencia me cuesta trabajo creer. A pesar de haberlo tratado personalmente estoy tentado a creer que es una invención colectiva, que es una creación de lectores, todos los lectores tendrán el suyo: aquél que hayan creado mientras batallaron por darle alcance al significado de sus invenciones, de sus creaciones.

Nació en la República de Chile, en el pueblo de Temuco, pero su nombre desborda la geografía de su nacimiento. Todo pueblo, hasta el más humilde del mundo, puede ser su cuna, al tiempo se verá que todo el mundo es pequeño para ser su urna. Los días de Pablo Neruda no tienen número. No se cuentan por siglos, por milenios: el día de Pablo Neruda es una eternidad

De José Iturriaga

Me causa alegría saber que Gladys Schifferli, la gran pintora chilena, organice y presida la celebración del centenario de Pablo con una exposición de retratos de todos aquellos que fuimos sus amigos en México y de artistas mexicanos de la Época de Oro de nuestro cine que Pablo admiraba, como Cantinflas, Pedro Vargas, Agustín Lara y Jorge Negrete, entre otros. En la serie de festejos que tendrán lugar en diferentes países del mundo, México dejará constancia de su cariño por Neruda gracias al talento pragmático de su paisana, Gladys Schifferli. Yo la llamo Felipa por su amor plástico al caballo, esa fantástica bestezuela cobijada todavía por las nubes del Olimpo. Me solicita ella que relate alguna anécdota que haya tenido con Pablo durante su estancia en nuestra patria. No me puedo negar. Y diré algo poco conocido o quizá olvidado por algunos.



José Iturriaga, por Gladys Schifferli

Sucedió en la gran fiesta que dieron a Pablo Neruda los integrantes de una pareja cuya suma de títulos nobiliarios llegaba a diez, pero que los habían arrojado por la borda al afiliarse al Partido Comunista Español. Ella era Constanza de la Mora, cuyo doctrinarismo contagioso la hacía cosechar cada día catecúmenos para el Partido Comunista; el cónyuge era nada menos que el coronel José Ignacio de Cisneros, jefe de las fuerzas armadas del Ejército Republicano, derrotado por Franco. Ambos arreglaron en la colonia Polanco un hermoso departamento con muebles que solía tener en la cocina la clase media mexicana, y en lugar de tapetes, Constanza y José Ignacio sembraron el gran salón alargado con gruesos petates de Lerma. Ellos pusieron de moda entre los 40 mil refugiados españoles el renacimiento del mobiliario de nuestros pobres de solemnidad.

Pues bien, en pleno auge de la fiesta, Pablo y yo estábamos de pie conversando en medio del salón cogidos brazo por brazo. De pronto aparece un energúmeno y al dirigirse a mí, me reclamó que cómo podía yo ser amigo de Pablo Neruda y al mismo tiempo ser amigo de Octavio Paz, cuyos enemigos nerudianos quisieron atacarlo en un restaurante en Cuernavaca, lo que él había impedido al dejar fuera de combate a dos de ellos.

Respondí al energúmeno: “¡No sé quien sea usted!”, y lo cogí de las solapas de la chaqueta no sin propinarle un fuerte golpe en el rostro que lo hizo ir dando tumbos atrás, hasta caer sentado en las piernas de Conchita Mantecón o de Manuela Rocés. Enseguida, me dijo Neruda: “Esto me recuerda los westerns de Hollywood y no sé qué admirar más en ti, si la fuerza de tus puños o la lealtad a tus amigos.” Y me dio un abrazo muy cariñoso y apretado.

Se trataba de algo semejante a lo que dice una anacrónica conseja: Mahoma y Cristo eran amigos; pero los cristianos y mahometanos se odiaban de manera cavernícola. ■

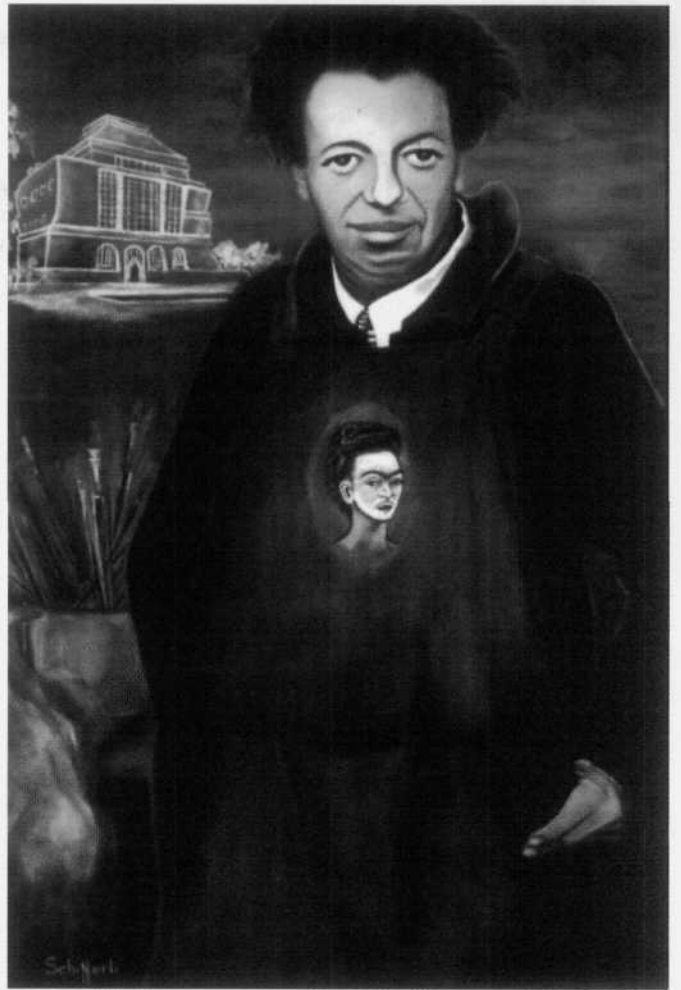


Joaquín Murrieta el bandido que se disputan tanto México como Chile.



Lilia Aragón, actriz y diputada
Gladys Schifferli, pintora
Enrique Jackson, senador

Colección Biblioteca Nacional,
Santiago de Chile



Diego Rivera, gran amigo de Pablo
Neruda, ilustró junto con Orozco y
Siqueiros el "Canto General"

